

EL CAMPO DE PRESENCIA Y LA TEMPORALIDAD DEL SUJETO

Mario Toboso Martín

I. El «campo de presencia» del sujeto.

Comencemos tomando en consideración la noción de «campo de presencia», debida a Merleau-Ponty, pues es en él donde —según nos dice— el sujeto toma contacto con el tiempo de una manera inmediata y aprehende su transcurso. Así, la experiencia originaria en la que el tiempo y sus dimensiones se le muestran sin distancia interpuesta y en una evidencia última, consiste en *tener «a la mano»* en el campo de presencia. Éste constituye, por tanto, el contexto temporal en que sus acciones se desenvuelven y donde todo acontecimiento debe integrarse para cobrar algún sentido en su quehacer. El modo en que el sujeto experimenta el transcurso de su acción en el tiempo implica un fenómeno de doble proyección intencional que le permite *tener «a la mano»* sucesos desposeídos de la inmediatez atribuible a lo presente.¹ Según se proyecte su extensión intencional hacia el pasado o hacia el futuro hablaremos, respectivamente, de «retenciones» y «protensiones» como las intencionalidades específicas que hacen a la conciencia temporal y, a su vez, «temporalizadora». Pasado y futuro se disponen, pues, en el campo de presencia como dimensiones intencionales con las que el sujeto siempre cuenta y «trazan de antemano cuando menos el estilo de lo que va a venir» (Merleau-Ponty, 2000: 423 y 424).

El campo de presencia quedará así conformado por los actos y por su dimensión intencional, de suerte que no son los sucesos los que constituyen el pasado y el futuro, en calidad de vertientes retentiva y protensiva del citado «campo», sino la intencionalidad propia y constitutiva de la conciencia que, en su *distensión*, despliega la temporalidad y deja de estar «encerrada en el presente».² De manera que el presente actual se sobrepasa hacia el pasado y hacia el futuro, y para *tenerlos «a la mano»* no es preciso reunir, mediante un acto intelectual, una serie de esbozos,

¹ De larga tradición en el ámbito de la filosofía, la noción de *intencionalidad* cobra importancia especial en la fenomenología de Husserl, destacándose como el problema capital de la misma (Husserl, 1993: 348). Como propiedad fundamental de la conciencia, la intencionalidad caracteriza las vivencias, por cuanto corresponde a éstas “ser *conciencia de algo*”. Así, una percepción será una percepción de algo, digamos de una cosa percibida; un juzgar, un juzgar de una relación objetiva; una valoración, de una relación de valor; un desear, de un objeto deseado, etc. Llevada a cabo una vivencia (o acto) intencional de manera actual, en ella el sujeto “se dirige hacia” el objeto intencional, que es el correlato pleno del acto de conciencia. Y en este “dirigirse hacia” algo, el sujeto será percipiente en la percepción, fingidor en la ficción, volente en el querer, etc., llevando a cabo, por medio de dicho “dirigirse hacia”, la *conciencia de ese algo*. Por profunda que sea la alteración que experimentan las vivencias de la conciencia actual al pasar a la inactualidad, siguen teniendo las vivencias modificadas, no obstante, una significativa comunidad de esencia con las primitivas, pues la propiedad esencial de la conciencia de ser *conciencia de algo* se conserva en el curso de la modificación (Husserl, 1993: 81, 83 y 199).

² La idea de *distensión* temporal procede de la «distentio animi», noción característica y principal dentro del planteamiento agustiniano acerca del tiempo. Su origen, no obstante, es neoplatónico y mediante ella san Agustín recupera la «diastasis» (distensión, extensión o disociación de la vida del alma) que, según Plotino (*Eneadas*, III, 7), provoca el tiempo. En lo referente a su utilización expresa por parte de san Agustín, podemos leer: «[...] me parece que el tiempo no es otra cosa que una cierta extensión. Pero no sé de qué cosa. Me pregunto si no será de la misma alma.» (san Agustín, 1999: XI, 26)

pues estos poseen ya una unidad primordial, y son el pasado y el futuro mismos los que se anuncian a través de ellos. Si nouviésemos el pasado, pongamos por caso, más que bajo la forma de recuerdos expresos, sentiríamos a cada instante la necesidad de evocarlo para verificar su existencia, como alguien que se volviese a cada momento para comprobar que los objetos que deja a su espalda siguen estando ahí, si bien en nuestro caso los sentimos detrás de nosotros —y así también sentimos el pasado— como una adquisición irrecusable (Merleau-Ponty, 2000: 422 y 426).

El tiempo no es, pues, una determinación propia de los sucesos esbozados, sino del modo en que el sujeto, al fraccionarlos de la totalidad espacio-temporal del mundo objetivo, permite que aquellos queden constituidos como sucesos temporales. Así, no hay acontecimientos sin un «alguien» al que ocurren y cuya perspectiva finita funda la individualidad de los mismos. El tiempo supone ya, por tanto, un punto de vista sobre el tiempo (Merleau-Ponty, 2000: 419).

Cabe imaginar, entonces, que el tiempo encuentre su fundamento en las condiciones subjetivas y en el modo particular de representación de los objetos por parte del sujeto, que se concreta en la dimensionalidad temporal de la conciencia, y conlleva la posibilidad de disponerlos según las líneas intencionales de la Memoria, la Atención y el Proyecto (Sánchez, 1998: 45). Tal y como se refiere a ello Merleau-Ponty: «No digamos ya que el tiempo es un “dato de la conciencia”, digamos, más precisamente, que la conciencia despliega o constituye el tiempo. Por la idealidad del tiempo deja, en fin, aquélla de estar encerrada en el presente.» (Merleau-Ponty, 2000: 422) El pasado y el futuro, en cuanto determinaciones propias de la conciencia, *preceden* a todo suceso particular que se diga pasado o futuro. Por esta razón llega a afirmar Merleau-Ponty que el tiempo no es un «dato de la conciencia» ni un hecho que ésta constatase, sino que cualquier hecho es determinado por una conciencia que, en su despliegue, constituye el tiempo, y tiene como rasgo definitorio la temporalidad, en cuanto forma de exteriorizarse hacia sus objetos, disponiéndolos según la trama del tiempo (Sánchez, 1998: 237).

El campo de presencia se distiende así en horizontes de retenciones y protensiones que en cada momento remiten a la conciencia la presencia de un «ya no», que la deriva hacia el pasado, y anticipan, a su vez, un «todavía no», que la proyecta hacia el porvenir. La red entera de intencionalidades se modifica con cada nuevo presente, que ya en el horizonte de mi campo de presencia es aprehendido como pasado reciente; no estoy escindido de él —señala Merleau-Ponty—, puesto que lo reconozco como parte de ese contexto temporal, al que me anclan tanto las retenciones como las protensiones. La trama del tiempo se muestra, de este modo, como un tejido en permanente cambio, pues anclado en su campo de presencia el sujeto reinterpreta a cada momento la realidad temporal, que no se basa en una «sucesión de horas» puntuales cuya imagen conservara —y que, enlazados unos con otros, formaran *una línea*—, sino en la distensión y extensión de su propio horizonte inmediato de actuación. Así, con cada momento que viene, el momento precedente se modifica; lo tengo «a la mano», está aún ahí, y sin embargo *se hunde* ya, y desciende bajo la línea de los «ahora»; para conservarlo es necesario que tienda la mano a través de una delgada capa de tiempo. Tengo el poder de alcanzarlo tal como acaba de ser, pues no estoy escindido de él, pero, en fin, no sería pasado si nada hubiese cambiado; ya se perfila como retención en mi presente, cuando era hace un instante mi presente. Al sobrevenir un tercer momento, el segundo sufre una nueva modificación; de retención que era pasa a ser retención de retención, y la capa de tiempo entre él y yo se espesa (Merleau-Ponty, 2000: 424).

Basándose en algunos elementos del enfoque desarrollado previamente por Husserl (2002: 50), Merleau-Ponty propone tomar en consideración un esquema muy similar al que reproduce la Figura 1, en la que se ilustran tales cambios y modificaciones.³

³ En la Figura 1 hemos añadido (en trazo discontinuo) a su representación original, siguiendo la indicación expresa de Merleau-Ponty, «la perspectiva simétrica de las protensiones» (Merleau-Ponty, 2000: 425). Además, preten-

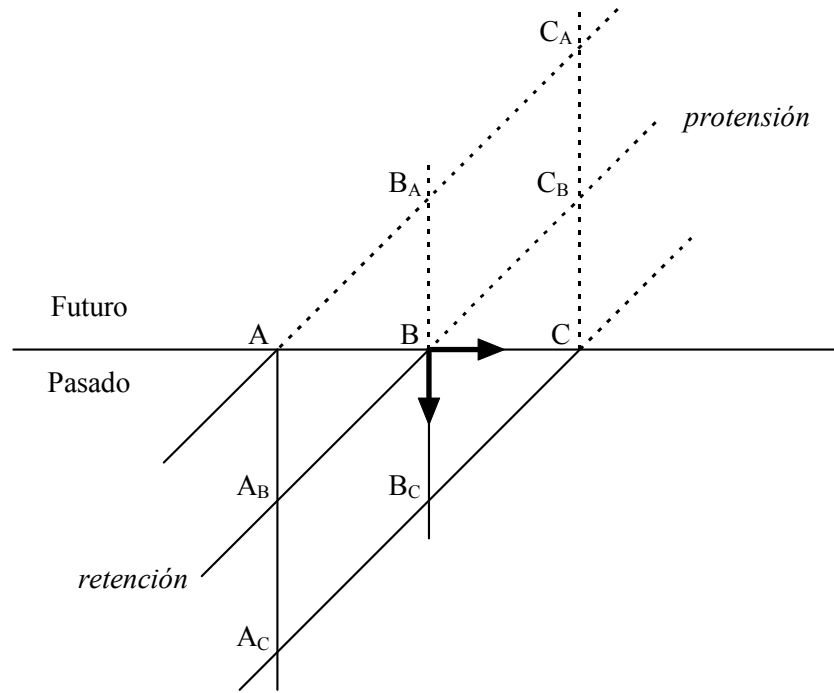


Figura 1: Representación bidimensional del campo de presencia.

La línea horizontal representa la denominada serie o línea de los «ahora», en tanto que las líneas oblicuas —que denominaremos «líneas vivenciales»— esbozan las retenciones y protensiones respectivas de esos «ahora» vistos desde un «ahora» posterior y anterior. Sobre estas líneas vivenciales se distiende a cada momento la experiencia temporal del sujeto, perfilándose hacia las vertientes pasado y futuro de su campo de presencia, en cuanto contexto en el que tienen cabida todos los posibles esbozos a los que remiten, respectivamente, las proyecciones retentiva y protensiva. Por otra parte, las líneas verticales trazan las protensiones y retenciones relativas a un mismo «ahora». Para comprender la dinámica de transcurso implícita en esta figura notemos que cuando el «ahora» A pasa a B, y éste luego a C, *retenemos* aquél primero como A_B y luego como A_C ; lo tenemos «a la mano», todavía está ahí, y sin embargo *se hunde* ya bajo la línea horizontal que representa la serie de los «ahora», y este proceso de modificación se renueva de manera continua a cada momento. Así, cuando pasamos de B a C, se produce como una desintegración de B en B_C , a la vez que A_B se perfila como A_C .

En referencia a la naturaleza bidimensional del campo de presencia mostrado en la Figura 1, hablaremos de la *distensión* del mismo por las categorías pasado y futuro, y de su *extensión* por las categorías antes y después. Así, entenderemos como *categorías distensivas* el par de categorías (pasado / futuro), constitutivas de las dos vertientes del campo de presencia. Por otra parte, nos referiremos al par de categorías (antes / después) como *categorías extensivas*, responsables de «extender» el campo a lo largo de la línea horizontal de los «ahora» (Toboso, 2003e: 6). En términos generales, entendemos que las categorías distensivas son las responsables de la dimensión vertical (distensión) del campo de presencia que se representa en la Figura 1, en tanto que las categorías extensivas lo son de su dimensión horizontal (extensión).

Contrariamente a lo mostrado en su representación original (Merleau-Ponty, 2000: 425), no cabe limitar a izquierda y derecha la línea horizontal de los «ahora» por las categorías descriptivas de «Pasado» y «Futuro», ya que todos los puntos A, B, C, etc., que la conforman comparten la misma actualidad característica de todo «ahora» (Toboso, 2003d: 10). No puede considerarse,

diendo una mayor claridad de la misma, hemos variado ligeramente la notación empleada por él para designar los puntos tanto inferiores como superiores a la línea horizontal.

por tanto, que el punto A sea *pasado* con respecto a los puntos B y C, sino que *pasados* lo serán los puntos A_B y A_C, relacionados con B y C por medio de la retención intencional que se esboza a partir de ellos. De igual manera, no corresponde al punto C la cualidad de ser *futuro* respecto de los puntos A y B, sino a los puntos C_A y C_B, que remiten a los anteriores en calidad de protensiones respectivas del punto C. Pensamos que la cualidad de «Futuro» debe corresponder, entonces, a los puntos de su semiplano superior, tales como B_A, C_A, C_B, etc., en tanto que la cualidad de «Pasado» debe atribuirse a los puntos contenidos en su semiplano inferior, es decir, A_B, A_C, B_C, etc. Vamos a considerar así que la Figura 1 ilustra el campo de presencia, en cuanto contexto donde el sujeto toma contacto inmediato con las dimensiones del tiempo y aprehende su transcurso, correspondiendo el semiplano superior de la misma a su vertiente futura, que tiene a la *protensión* como la determinación intencional responsable de sus trazos oblicuos, y el inferior a la vertiente pasada, cuyas líneas oblicuas distiende, en este caso, la *retención*. La línea horizontal que media entre ambas vertientes, o semiplanos «Pasado» y «Futuro», corresponde a la línea de los «ahora».

Debemos destacar que dentro de la misma el «ahora» A —según lo dicho— es *anterior* a B, pero *no es pasado* con relación al «ahora» B, sino que lo que *es pasado* con relación al «ahora» B es el esbozo A_B que *se hunde* en el semiplano inferior. No cabe, por tanto, establecer entre los puntos que conforman la serie de los «ahora» una relación *de pasado a futuro*, pues estas categorías resultan sólo aplicables a los esbozos contenidos en los dos semiplanos —el inferior y el superior— que representan las vertientes pasado y futuro del campo de presencia. Parece natural suponer que la relación entre los puntos A, B, C, etc., que conforman la línea de los «ahora», sea, por lo tanto, una relación *de antes a después*, basada en las categorías extensivas, al margen de las categorías temporales distensivas recién mencionadas (Toboso, 2003d: 13).

II. El transcurso del tiempo.

Acerca del fenómeno del transcurso del tiempo, señalemos que habitualmente se suelen diferenciar *grosso modo* dos clases de «movimiento» relativos al mismo: 1) Según una primera imagen, se nos presenta dicho fenómeno como una corriente en la que todo momento futuro vendría hacia el presente y se alejaría, finalmente, hacia el pasado. 2) Por otra parte, se puede también imaginar que el fenómeno del transcurso del tiempo consiste en un avance progresivo del momento presente hacia el futuro.

Debemos destacar que las imágenes asociadas a ambos movimientos temporales obedecen a elaboraciones diferentes de la conciencia del sujeto en relación con la experiencia del fenómeno del transcurso del tiempo. La distinción entre ambas imágenes se basa en que podemos observar dicho fenómeno desde dos perspectivas diferentes, que no constituyen sólo puntos de vista teóricos desde los que el sujeto elaborase las correspondiente perspectivas, sino que tienen su fundamento último en experiencias psicológicas y situaciones vivenciales características.⁴

De acuerdo con las características de estos dos «movimientos», cabe también referirse al presente de una manera doble; al transcurso del tiempo entendido según el movimiento 1) le corresponderá un momento presente que es parte misma de la corriente, que antes era futuro y de inmediato se hará pasado; se trata de un presente —digámoslo así— «fluyente». Con respecto al tiempo que avanza hacia el futuro, según el movimiento 2), habrá que entender el presente como

⁴ Las imágenes asociadas a los movimientos 1) y 2) pueden ponerse en correspondencia, respectivamente, con las metáforas denominadas *Moving Time* y *Moving Ego* en el contexto de la teoría de la metáfora conceptual. Puede verse, acerca de esta cuestión, Evans, «Evaluating Metaphors for Time: Moving Time, Moving Ego and Primary Metaphor» y Cuéllar, «Metáforas del tiempo en el Quechua» (archivos en Internet, recogidos en Toboso, «La filosofía del tiempo»).

un punto «fijo» que se mantiene y que marcha hacia el futuro conservando en todo momento su propia cualidad temporal, pues es de igual manera «presente» en cualquier momento de su recorrido (Sánchez, 1998: 49). Notemos, de paso, que los movimientos 1) y 2), relativos al transcurso del tiempo, pese a poder diferenciarse cualitativamente el uno del otro en su exposición, no deben considerarse de un modo totalmente escindido, pues comparten elementos a través de los cuales ambos se complementan. Así, por ejemplo, el *futuro* hacia el que *se dirige* el presente «fijo» en la descripción del movimiento 2), es el mismo *futuro* que se supone *viene hacia* el presente «fluyente» de acuerdo con el movimiento 1) y, en cierto sentido, aquél movimiento lo tomaría de éste otro con el fin de dar a su presente «fijo» *algo* hacia lo que dirigirse.

No obstante, el planteamiento habitual —aunque, a nuestro modo de ver, erróneo— de estas cuestiones muestra un carácter marcadamente disyuntivo, como si se tratara de decidir acerca de cuál de los dos movimientos indicados reflejase de una manera más precisa la esencia del fenómeno del transcurso temporal. En torno a esta disyuntiva podemos leer: «Pero entonces, si [el tiempo] está orientado, ¿en qué dirección lo está? ¿Hacia el pasado o hacia el porvenir? Porque sigue siendo verdadero que disponemos, para pensar el curso del tiempo, de dos modelos —la *fuga* o la *flecha*—, y que esta asimetría es a la vez asombrosa (puesto que se trata del mismo tiempo) y reveladora. Hablar de *fuga* del tiempo es considerar que un acontecimiento primero es futuro, luego presente, y después pasado. [...] el tiempo parece fluir desde el futuro, donde todo empieza, hacia el pasado, donde todo se acumula. A la inversa, hablar de *flecha* del tiempo es considerar que el pasado produjo el presente, así como el presente está en proceso de producir el futuro. [...] el tiempo parece fluir desde el pasado, de donde todo proviene, hacia el futuro, adonde todo va.» (Comte-Sponville, 2001: 83)

Para ilustrar el punto de vista de la aquí denominada *fuga* podemos traer a colación, a modo de ejemplo, las palabras de san Agustín: «Pero mientras lo medimos, ¿de dónde viene [el tiempo], por dónde pasa y adónde va? ¿De dónde, sino del futuro? ¿Por dónde, sino a través del presente? ¿Adónde, sino al pasado? Luego viene de lo que todavía no es, pasa por lo que no tiene duración y se dirige hacia lo que ya no es.» (san Agustín, 1999: XI, 21) En este mismo sentido, citamos también a Schopenhauer: «El *tiempo*, es así, aquel aparato de nuestro intelecto por el cual no parece existir ahora lo que comprendemos como lo porvenir; un engaño que desaparece, sin embargo, cuando lo porvenir se hace presente.» (Schopenhauer, 1989: 265) En cuanto al punto de vista alternativo de la denominada *flecha*, leemos, por ejemplo: «Podemos imaginar la dimensión temporal extendida como una línea del destino, y un instante particular —“ahora”— singularizado como un pequeño punto brillante. A medida que “el tiempo pasa”, la luz recorre continuamente la línea temporal hacia el futuro.» (Davies, 1996: 267) La misma perspectiva acerca del transcurso del tiempo se expresa a continuación: «La sensación del paso del tiempo es central para nuestros sentimientos de conciencia. *Parece* que nos estemos moviendo siempre hacia adelante, desde un pasado definido hacia un futuro incierto.» (Penrose, 1991: 378)

Notemos que la correspondencia de estos dos puntos de vista —la *fuga* y la *flecha*— con los movimientos 1) y 2) referidos anteriormente es prácticamente inmediata. El punto de vista de la *fuga* corresponderá al movimiento 1), en el que —de acuerdo con lo expuesto— el tiempo se representa como una corriente a través de la cual todo momento futuro llegaría hasta el presente «fluyente» y se alejaría, finalmente, hacia el pasado; por otra parte, el punto de vista de la *flecha* corresponderá al movimiento 2), según el cual cabe imaginar el fenómeno del transcurso del tiempo como un avance progresivo del presente «fijo» hacia el futuro.

En torno a esta dualidad de enfoque, referente al fenómeno del transcurso del tiempo, atendamos a la consideración particular de Merleau-Ponty: «Se dice que el tiempo pasa o transcurre. Se habla del curso del tiempo. El agua que veo pasar se preparó, hace unos días, en las montañas, cuando las nieves se derretían; está ante mí, ahora, y va hacia el mar en donde desembocará. Si el tiempo es semejante a un río, fluye del pasado hacia el presente y el futuro. El presente es la consecuencia del pasado y el futuro la consecuencia del presente.» (Merleau-Ponty, 2000:

419) Hasta aquí, lo que se nos muestra es el transcurso temporal considerado bajo la perspectiva del movimiento 2) que, igualmente, nos remite al punto de vista de la *flecha*.

No obstante, la claridad con la que emerge este enfoque en una primera aproximación viene acompañada por algunas dificultades. «Esta célebre metáfora [la del tiempo como un río que transcurre del pasado hacia el futuro] es, en realidad, muy confusa. Porque, *considerando las cosas mismas*, el derretimiento de las nieves y lo que de ello resulta no son unos acontecimientos sucesivos; o, mejor, la idea misma de acontecimiento no tiene cabida en el mundo objetivo. Cuando digo que anteayer las nieves produjeron el agua que ahora está pasando, sobrentiendo un testigo sujeto a un cierto lugar en el mundo y comparo sus puntos de vista sucesivos: asistió, allá arriba, al derretimiento de las nieves, ha seguido el agua en su curso, o bien, a la orilla del río, ve pasar, al cabo de dos días de espera, el pedazo de madera que echara en las fuentes. [...] Pues bien, desde el momento en que introduzco el observador, que siga el curso de la corriente o que, de la orilla del río, constate su paso, las relaciones del tiempo se invierten. En el segundo caso, las masas de agua ya transcurridas no van hacia el futuro, se hunden en el pasado; el futuro, el porvenir, está del lado de las fuentes y el tiempo no viene del pasado. No es el pasado el que empuja al futuro dentro del ser; el futuro no está preparado tras el observador, se premedita delante de él, como la borrasca en el horizonte.» (Merleau-Ponty, 2000: 419) Introduce así Merleau-Ponty, al analizar el fenómeno del transcurso del tiempo, el punto de vista alternativo que lo considera bajo la forma de la *fuga* propia del movimiento 1), poniendo de manifiesto, nuevamente, la doble perspectiva en que se enmarca dicho fenómeno.

Ante el carácter aporético implícito en esta dualidad, Merleau-Ponty concluye que: «El tiempo no es, luego, un proceso real, una sucesión efectiva que yo me limitaría a registrar. Nace de *mi* relación con las cosas.» No es el tiempo, pues, una corriente ni una sustancia que fluye. «Si esta metáfora pudo conservarse desde Heráclito hasta nuestros días es porque, en la corriente, ubicamos subrepticamente un testigo de su curso.» (Merleau-Ponty, 2000: 419)

Para representar los movimientos 1) y 2) dentro del contexto temporal del campo de presencia, ilustrado en la Figura 1, debemos notar que el *hundimiento* de los esbozos bajo la línea de los «ahora» implica un movimiento *de futuro a pasado*, que corresponderá, de acuerdo con lo ya expuesto, al punto de vista de la *fuga* y del movimiento 1), con su presente «fluyente» orientado hacia el pasado y situado en el punto de corte de cada línea vertical con la línea de los «ahora». Por otra parte, el punto de vista de la *flecha* puede representarse también en la Figura 1, correspondiendo al movimiento sobre la línea horizontal ligada a la serie de los «ahora», que refleja las características propias del movimiento 2), con su presente «fijo» avanzando sobre la línea horizontal de los «ahora», sin perder en ningún punto de su recorrido la cualidad de ser actual. Debemos recordar que este movimiento no es *de pasado a futuro*, sino *de antes a después*.

La inserción de los movimientos 1) y 2) en el contexto del campo de presencia —tal y como éste se muestra en la Figura 1— nos obliga, pues, a replantear su caracterización inicial, y describirlos nuevamente en términos de un movimiento *de futuro a pasado* y un movimiento *de antes a después*, respectivamente, a los que, asimismo, se asocian los puntos de vista ya señalados de la *fuga* (de futuro a pasado) y de la *flecha* (de antes a después).

Notemos, además, que la proyección intencional del sujeto desde —digamos— el «ahora» B hacia el esbozo C_B en la vertiente futura del campo de presencia, no sólo tiene componente (vertical) *hacia el futuro*, sino también (horizontal) *hacia el después*. Esto sugiere que las categorías distensivas (pasado / futuro) y las categorías extensivas (antes / después) se concitan en cada acto de extensión intencional por parte del sujeto, y despliegan la estructura categorial del campo de presencia, de acuerdo con un movimiento combinado dentro del mismo; por un lado se tiene un movimiento *de futuro a pasado* de C_B , que remite al fenómeno del transcurso temporal según el punto de vista de la *fuga* y del movimiento 1). Por otro lado, tenemos un movimiento *de antes a después* del «ahora» B, que remite al punto de vista de la *flecha* y del movimiento 2). De manera que la línea vivencial que contiene el «ahora» B y el esbozo, o motivo representado, C_B no

se traza en términos *sólo* del movimiento 1), ni *sólo* del movimiento 2), sino por medio de la tensión implicada en la combinación de ambos, de acuerdo con la cual damos cuenta de la estructura categorial y dinámica del campo de presencia en que tales movimientos se inscriben.

Ambos movimientos, por tanto, se dan «a la vez» y de un modo dependiente el uno del otro, lo mismo que las dos fuerzas operantes en un «par», que se articularan en torno a un punto fijo de aplicación. Pensamos, por ello, que para lograr una comprensión adecuada del transcurso del tiempo es necesario tomar en consideración ambos movimientos, como si se tratara de un «par de fuerzas», de cuya aplicación sobre un punto fijo se obtuviera como resultado un cierto *efecto* (Toboso, 2003d: 3, 17, 18). Así, de la misma manera que para explicar tal *efecto* resultante se deben tomar en consideración las dos fuerzas actuantes en el «par», para comprender los aspectos dinámicos y categoriales implicados en el fenómeno del transcurso del tiempo debemos tener en cuenta la combinación de los movimientos 1) y 2).

En tales condiciones, volvamos a la pregunta que surgió al hilo de la introducción de los puntos de vista de la *fuga* y de la *flecha*: Si el tiempo está orientado —expusimos en aquéllos términos—, ¿en qué dirección lo está? ¿Hacia el pasado, o hacia el porvenir? (Comte-Sponville, 2001: 83) En función de lo tratado hasta aquí se apreciará, sin duda, el carácter problemático implícito en esta pregunta. Se está dando por supuesto en ella, de una manera tácita, una concepción lineal del tiempo basada en las categorías de pasado y futuro, si bien, de acuerdo con la sugerencia que seguimos de Merleau-Ponty (2000: 425), «el tiempo no es una línea, sino una red de intencionalidades» que configura el campo de presencia del sujeto, mostrado en la Figura 1. Así pues, tal y como se plantea la pregunta, reconocemos en ella el defecto de proponerse como una disyuntiva entre el transcurso del tiempo hacia el pasado, o bien hacia el futuro. No obstante, si respondiésemos a la misma de acuerdo con nuestra exposición, contestaríamos —con todas las reservas, por el planteamiento problemático de la pregunta— diciendo que el tiempo transcurre «hacia» la combinación del *pasado* y del *después*, que resulta de la consideración conjunta de los movimientos 1) y 2) en el contexto temporal del campo de presencia (Toboso, 2003d: 18).

Es evidente que nuestra respuesta en términos de la combinación de estos dos movimientos se opone al punto de vista habitual, que plantea el transcurso del tiempo como la disyunción entre un movimiento orientado hacia el pasado, y otro hacia el futuro, en el marco de una concepción lineal del mismo. Tratemos de comprender mejor la naturaleza de la combinación que proponemos entre los movimientos 1) y 2), prestando atención, a modo de analogía, a las características del movimiento físico resultante de un tiro parabólico. Este movimiento se puede describir como la combinación de un movimiento uniforme en la dirección horizontal, y de un movimiento uniformemente acelerado —por la fuerza de la gravedad— en la dirección vertical. No se puede pretender reducir el movimiento parabólico a uno u otro de tales movimientos componentes sin dejar de lado, por completo, su propia naturaleza. De una manera análoga, no se puede pretender reducir el transcurso del tiempo a uno u otro de sus «movimientos» componentes —ya se trate del movimiento 1), o bien del movimiento 2)— sin incurrir en una interpretación parcial y sesgada del mismo.

A esta combinación de movimientos se refieren los dos vectores de la Figura 1, aplicados, a modo de ejemplo, en el punto B. Sobre la línea horizontal se tiende el vector que asociamos al movimiento 2), *de antes a después*, en tanto que en la dirección vertical representamos el vector asociado al movimiento 1), *de futuro a pasado*. Proponemos, por tanto, que el fenómeno que es aprehendido por el sujeto como «transcurso» del tiempo se interprete como el resultado de la combinación de los movimientos 1) y 2) a lo largo de las «direcciones» de la *fuga* y de la *flecha*, respectivamente, dentro del contexto de su campo de presencia (Toboso, 2003d: 18). Debemos tener en cuenta que la situación ilustrada, referida al punto particular B, es común a la totalidad de puntos pertenecientes a la línea horizontal. Así, la misma combinación de los movimientos 1) y 2) se aplicará indefectiblemente sobre todos y cada uno de tales puntos-«ahora». El carácter

ineludible de esta aplicación nos induce a pensar que la dinámica conjunta en que se combinan ambos movimientos, por consistir en una circunstancia común a la totalidad de los «ahora», derivará de una condición general puesta de antemano por la conciencia temporalizadora del sujeto, en lo que se refiere a la experiencia del tiempo y a la aprehensión de su transcurso.

En nuestra opinión, no es posible avanzar en la comprensión del fenómeno del transcurso del tiempo sin tener en cuenta lo aquí expuesto acerca de la combinación de los movimientos 1) y 2). Desviar el equilibrio propio de su combinación hacia una u otra componente —ya sea priorizando el punto de vista de la *fuga*, o bien el de la *flecha*— conduce a una comprensión parcial del fenómeno, que nos remite a la disyuntiva tradicional entre una imagen del tiempo orientado hacia el pasado y otra hacia el futuro. La dificultad principal consiste, pues, en mantener el equilibrio que caracteriza la consideración conjunta de los movimientos 1) y 2), tratando de evitar, en la medida de lo posible, la parcialidad que resulta de los desplazamientos interpretativos entre uno y otro movimiento (Toboso, 2003d: 20).

III. La posición de presencia del sujeto: el «Ahora».

No debemos ignorar, por otra parte, que los puntos que conforman la línea de los «ahora», al ser todos por igual «actuales», no se presentan juntos ante ningún observador, perdiendo así su carácter temporal y la posibilidad misma de sucederse (Merleau-Ponty, 2000: 420). Puesto que sobre la línea horizontal de los «ahora» todo punto es actual, esta «línea» —en cuanto tal— no puede ser objeto de la experiencia temporal por parte del sujeto. Como elemento de la Figura 1 vamos a considerarla un mero «ente de razón» —un «hierro de madera», digámoslo así— al margen de la experiencia temporal. Notemos que, con independencia del «ahora» actual particular de que se trate, el sujeto se halla posicionado, de manera indefectible, sobre *un solo punto* de la línea antedicha, flanqueado por las vertientes pasado y futuro de su campo de presencia, hacia las que se distiende en virtud de la proyección intencional constitutiva inherente a la conciencia. No corresponde, por tanto, a dicha línea, hacer las veces de elemento *de sucesión* para la serie de los «ahora», sino figurar, más bien, como elemento *de posición* para el sujeto, quien sobre ella se sitúa entre las dos vertientes de su campo de presencia. Hay que señalar que en el marco de la experiencia temporal por parte del sujeto dicha línea extendida *se reduce* en todo momento a *un solo punto* actual, a partir del cual se esbozan los trazos intencionales que configuran las líneas vivenciales y anclan al sujeto al contexto de su campo de presencia, dando origen a las dos vertientes del mismo.

Así, posicionado —pongamos por ejemplo— en el punto B, lo que el sujeto tiene «a la mano» no es el punto A sobre la línea de los «ahora», sino el esbozo o retención A_B , y el horizonte futuro hacia el que se perfila no le remite al punto C sobre la misma línea horizontal, sino a la proyección o protensión C_B . De manera que, para cada «ahora» particular, el campo de presencia del sujeto, tal y como aparece en la Figura 1, *se reduce* a la línea vivencial que parte del «ahora» en cuestión y se proyecta hacia sus dos vertientes (que corresponden a los semiplanos inferior y superior); posicionado, por tanto, en el «ahora» B, el sujeto *ya no tiene* el «ahora» anterior A, sino que *lo retiene* como pasado inmediato en el esbozo A_B . Por otra parte, tampoco puede decirse que *todavía no tiene* el «ahora» posterior C, ya que su proyección intencional no se dirige hacia el «ahora» C, sino hacia el esbozo C_B . Tanto el esbozo A_B como el esbozo C_B forman parte de la línea vivencial que pasa por el «ahora» B y se proyecta hacia las dos vertientes del campo de presencia, y a ella *se reduce* este campo cuando el sujeto se sitúa en dicho «ahora».

De manera que, considerados aisladamente los puntos de la línea de los «ahora», el campo de presencia del sujeto *se reduce* sobre cada uno de ellos a una línea vivencial que distiende su posición hacia las dos vertientes del citado campo. En el ejemplo recién expuesto, la reducción

concierna al «ahora» particular B y a la línea vivencial que lo contiene, si bien se trata de una circunstancia común a la totalidad de los «ahora», A, B, C, etc., contenidos en la línea horizontal. La *reducción* del campo de presencia a las líneas vivenciales de la Figura 1 implica asimismo *reducir* la línea «extendida» de los «ahora» a un único *punto fijo* que recoja en todo momento la posición de presencia del sujeto y posibilite la proyección intencional constitutiva hacia sus dos vertientes (Toboso, 2003d: 12).

Nosotros hemos denominado «Ahora» a este *punto fijo*, recién aludido, como *posición de presencia* del sujeto.⁵ Para comprender el significado de esta noción debemos advertir cómo el lastre de numerosos siglos de tradición al respecto nos ha habituado a concebir la imagen del tiempo en comparación con la de un río que fluyera llevándonos, a la vez, inmersos en su corriente, a la que somos arrojados en el momento de venir al mundo. Notemos, no obstante, que esta imagen se está expresando en un sentido que va mucho más allá de lo meramente metafórico y alberga un contenido adicional de marcado carácter interpretativo. A nuestro parecer, nos induce a pensar que el tiempo *dominaba ya* sobre el amplio dominio del citado mundo *mucho antes* de que nosotros llegásemos a él y, por extensión, *desde —y para— siempre*. Así, en calidad de simples advenedizos no cabría considerarnos más que como cautivos de su autoridad, en virtud de la cual se acepta que el tiempo actúa y se expresa no sólo en nosotros mismos, sino también en todo lo que contemplamos, y es por ello concebido, a la postre, como un ente de naturaleza objetiva.⁶

El enfoque que nosotros proponemos asume, como elemento fundamental, una participación «activa» del sujeto en relación con los diferentes aspectos ligados a la experiencia del tiempo, en lugar de remitir a la perspectiva más bien «pasiva» de quien es llevado por la corriente del mencionado río. Podemos expresarlo por medio de una imagen, según la cual —al hilo de lo recién expuesto a propósito de esta metáfora— el sujeto, ahora como elemento clave de nuestro planteamiento, no es arrastrado por dicha corriente, sino que permanece en el Ahora, que es su posición de presencia, situado en el análogo de un «vórtice» o remolino, a partir del cual es él mismo quien proyecta la corriente más allá de su propia posición mediante un procedimiento adecuado de *representación*. Así, el tiempo —según sugerimos— no se halla dado «ahí afuera», en el sentido que le otorga el punto de vista tradicional «de la corriente», sino que es representado por el sujeto desde su posición —el «Ahora»— en el referido «vórtice» (Toboso, 2003b: 2).

En relación con esta posición de presencia, en cuanto *punto fijo* de la experiencia temporal por parte del sujeto, Schopenhauer se expresa en términos similares cuando sugiere imaginar el tiempo como un círculo que girase sin fin; la mitad descendente sería el pasado y aquella en ascenso el futuro, en tanto que el punto superior, en contacto con la tangente, constituiría un presente *estable*; y así como la tangente no participa de la rotación, tampoco este presente conteni-

⁵ Utilizamos la denominación en mayúscula «Ahora» para referirnos a la «posición de presencia» del sujeto. La diferencia importante entre este Ahora y la noción de «ahora» más habitual, tal y como aparece, por ejemplo, en la línea de los «ahora», se trata más adelante; no las confundamos. El Ahora, en calidad de posición de presencia del sujeto, es analizado de manera inicial en Toboso (2003a: 63 y ss.) y (2003b: 2 y 7). Más en profundidad, se estudia su estructura dinámica y categorial en Toboso (2003d) y (2003e).

⁶ Pensamos que consideraciones de esta clase sustentan la dicotomía que suele establecerse entre el denominado «tiempo del mundo», también llamado «tiempo objetivo», y la vivencia del mismo por parte del sujeto, asociada a la noción de «tiempo de la conciencia», o «tiempo subjetivo». El origen de la misma acostumbra situarse en la contraposición establecida entre los planteamientos de Aristóteles y san Agustín en relación con el estudio del tiempo. A tal respecto, suele calificarse como «físico», o «cosmológico», el primero y «psicológico» el segundo; si bien cabe señalar que, en sus reflexiones, Aristóteles participó de ambos puntos de vista —aunque de un modo desigual—, por lo que se le podría considerar también como el iniciador de la vía «psicológica», al señalar la necesidad de una acción intelectual en lo referente a la percepción del tiempo y a su existencia misma (Aristóteles, 1995: 223a, 21-29). La exposición de estos dos autores acerca del problema del tiempo se encuentra, en lo fundamental, en el Libro IV (capítulos 10 al 14) de la *Física* de Aristóteles y en el Libro XI (capítulos 14 al 28) de las *Confesiones* de san Agustín.

do en ella participa del paso del tiempo. Más cercana a nuestra imagen «del vórtice» —y a la cualidad de «permanencia» que en él hemos destacado— se halla su propuesta de imaginar el tiempo como un impetuoso e incesante torrente que se rompe contra la roca del presente —que nosotros denominamos «Ahora»— sin llegar a arrastrarla consigo (Schopenhauer, 2001: 14).

La cualidad de «permanencia» aplicable al «vórtice» en la imagen metafórica que proponemos sugiere asimilarlo a la posición de presencia característica del sujeto. De manera que, en calidad de «vórtice», esta posición mantiene su presencia en todo momento pese a que la corriente de los mismos transcurre a través de ella. Podríamos decir, por esto, que el Ahora —interpretado como la posición de presencia del sujeto— se mantiene, aunque nunca deje de cambiar el momento particular que lo ocupa. Cabe destacar, pues, que el Ahora no encaja en la noción de «momento», sino que ha de interpretarse como la condición estable que posibilita la aprehensión subjetiva de su transcurso. No le es aplicable, por tanto, la cualidad de ser pasado, presente (en un sentido efímero) o futuro, denotativas de los momentos, sino la clase de *presencia* —digamos «permanente», apelando a la imagen propuesta del «vórtice»— desde la que se ofrece al sujeto la aprehensión de dicho transcurso.

Schopenhauer insiste en destacar la importancia de esta cuestión, de acuerdo con la cual el Ahora, en cuanto posición de presencia del sujeto, le otorgaría la posibilidad de aprehender el transcurso del tiempo.⁷ En relación con ello señala que no sería posible percibir el transcurso del tiempo —con todo lo representado en él— si no hubiese «algo» que no tomara parte de dicho transcurso, con cuyo reposo poder comparar el movimiento de aquél. Por tanto, sugiere suponer la existencia de una posición estable ante la cual transcurre el tiempo, pues si nuestra conciencia, con todo su contenido de representación, se moviera de manera uniforme en la corriente misma del tiempo, no podríamos aprehender su transcurso. Por consiguiente, para hacer posible esta aprehensión ha de haber en la propia conciencia «algo» inmóvil. Y esto no puede ser otra cosa que el propio sujeto quien, en cuanto tal, aprehende el transcurso del tiempo y el cambio de su contenido. Como consecuencia cabe concluir, pues, que en la conciencia empírica del sujeto ha de ser posible señalar *a priori* la presencia de un *punto* eterno, estable bajo el cambio en el tiempo de las representaciones.

Esta conclusión expresa que tal *sujeto* cognoscente —en cuanto condición supuesta de antemano de todo *objeto* cognoscible— es concebido por Schopenhauer como el *punto fijo* ante el cual transcurre el tiempo con todas sus representaciones, no pudiendo conocerse su transcurso más que en contraposición con el carácter estable de dicho *punto*. Este *punto fijo* es, para nosotros, el Ahora, que interpretamos como la posición de presencia del sujeto.

Notemos que lo propio del Ahora, en cuanto tal posición, es ubicar al sujeto en cada momento, en tanto que la línea de los «ahora» pretende dar cabida «a la vez» a todos los «ahora», por lo que se muestra, de este modo, como una especie de Ahora «extendido». No podemos obviar, no obstante, que la «extensión» inherente a esta línea, que intenta recoger la imposible actualidad conjunta de los puntos A, B, C, etc. —como «ahoras» diferentes dándose «a la vez»—, nos lleva a considerarla como un mero «ente de razón», al margen de la experiencia temporal. Por ello, interpretamos la línea de los «ahora» como el resultado de abstraer de la estructura categorial del campo de presencia sus caracteres distensivos. De manera que, la conceptualización muy frecuente del tiempo que lo refiere como una línea de «ahoras» nos remite a una abstracción que concibe la posición de presencia del sujeto como un Ahora «extendido», aunque no «distendido», habida cuenta de la abstracción antedicha sobre los caracteres distensivos (Toboso, 2003e: 21).

⁷ Así lo comprobamos en su ensayo sobre la crítica kantiana de la psicología racional (Schopenhauer, 1996: 132-137), al hilo de los paralogismos de la razón pura. Acerca de estos «paralogismos», véase Kant, *Crítica de la razón pura*, Dialéctica Transcendental, Libro segundo, Sección primera de la segunda edición.

En lo tocante a los aspectos dinámicos del campo de presencia, ligados al fenómeno del transcurso del tiempo, ya hemos señalado que la comprensión adecuada del mismo exige tener en cuenta la combinación de los movimientos 1) y 2), como si se tratase de las dos fuerzas actuantes en un «par», de cuya aplicación sobre un punto fijo se obtuviese un efecto resultante. Tomando en consideración lo expuesto acerca del Ahora, en cuanto posición de presencia del sujeto y *punto fijo* de su experiencia temporal, sugerimos que el fenómeno que es aprehendido por éste como *transcurso* del tiempo se interprete como el *efecto* resultante de la combinación de los movimientos 1) y 2) sobre el Ahora, dentro del contexto de su campo de presencia (Toboso, 2003d: 18). Retomamos así la conclusión ya expresada, de acuerdo con la cual no es posible avanzar en la comprensión del fenómeno del transcurso temporal sin tener en cuenta la combinación de los movimientos 1) y 2) en torno al *punto fijo* de la experiencia del tiempo por parte del sujeto, que es el Ahora.

Al hilo de esta conclusión, y teniendo a la vista la Figura 1, debemos asumir que dentro del campo de presencia cada punto de la línea de los «ahora», considerado *en sí mismo* —en su individualidad, y no como mero eslabón de la línea horizontal—, «es» el Ahora, es decir, el *punto fijo* sobre el que se aplican —a la manera de un «par de fuerzas»— los movimientos 1) y 2). Debemos llegar a comprender, por tanto, que al hablar de «Ahora» nunca nos referimos a un «ahora» particular como punto formando parte de dicha línea; antes al contrario, ya vimos que la noción de Ahora que manejamos aquí, en calidad de posición de presencia del sujeto, implica la *reducción* de esa línea «extendida» de los «ahora» al *punto fijo* que recoge la combinación de los dos movimientos 1) y 2).

El hecho de no prestar atención a la diferencia que proponemos entre el «Ahora», como posición de presencia del sujeto, y el «ahora» como mero eslabón de dicha línea «extendida» contribuye, según creemos, a acentuar los aspectos aporéticos asociados al problema del tiempo y a la naturaleza del *ahora* (tomado en un sentido genérico, indiferenciado). No atendiendo a tal diferencia, deberemos asumir que el *ahora* está continuamente desapareciendo y que *lo que es ahora* ya no es, porque su actualidad es fugaz e inaprensible; aunque —de manera paradójica— sepamos también que, a pesar de sus continuos cambios y desapariciones, nunca se deja de estar en esa misteriosa posición actual del *ahora* (Sánchez, 1998: 43).

Al hilo de esta consideración notemos que, por regla general, se tiende a utilizar el término habitual *ahora* de dos maneras diferentes; por una parte, desde la perspectiva de la presencia, se interpreta que el *ahora* es siempre uno y *el mismo*, y que en ello radican la simultaneidad del mundo y la posibilidad de que lo existente se encuentre en el mismo *ahora* actual. Sin embargo, desde la perspectiva del movimiento, se considera que cada *ahora* es *distinto* interpretando que lo temporalmente anterior y posterior no obedece a un simple cambio de posición de un único e idéntico *ahora*, sino al transcurso de un *ahora* siempre distinto (Sánchez, 1998: 107). Tomando como base nuestro punto de vista pensamos que en lo paradójico de estas consideraciones se está obviando la diferencia que proponemos entre las nociones que denominamos «Ahora» y «ahora». Atendiendo a esta diferencia, y a lo recién citado, podríamos decir que «desde la perspectiva de la presencia» se da la primera de ellas —el «Ahora»—, en tanto que, «desde la perspectiva del movimiento» se nos remite siempre a la segunda —el «ahora»— (Toboso, 2003a: 65).

Este carácter doble del *ahora* habitual es analizado por Aristóteles. Sus conclusiones acerca de la *mismidad* y la *alteridad* del *ahora* sugieren considerar que, en un sentido, el *ahora* es el mismo, y en otro sentido, no es el mismo; que es distinto en cuanto cambia, siendo ésta su esencia; y, en cuanto a lo que está siendo, es el mismo. En lo que atañe a su mismidad, no habría más que un *ahora* que sería siempre el mismo —que nosotros denominamos «Ahora»—, y este *ahora* actual o cualquier otro *ahora* son lo mismo, pues antes era tanto *ahora* como lo será después, y antes y después son, igualmente, *ahora*. En cuanto a su alteridad, el *ahora* —que denominamos «ahora»— sería siempre distinto por ser aquello que no cesa de cambiar en el tiempo,

cuya esencia es el cambio y el poder determinar así un antes y un después. A la postre, el planteamiento aristotélico conduce a establecer un paralelismo entre el móvil y el *ahora*, basado en que el *ahora* —el «ahora»— acompaña siempre al móvil, por cuanto aquél es lo numerado del movimiento y lo que posibilita su alteridad. De manera que, el *ahora* es, en un sentido, siempre lo mismo —el «Ahora»— y, en otro sentido, no es lo mismo —el «ahora»—; pues también el móvil es siempre lo mismo y es siempre no lo mismo (Aristóteles, 1995: 219b 9-33).

IV. La noción de «temporalidad» del sujeto.

La «determinación» cuantitativa del tiempo consiste en la facultad humana para vincular entre sí dos o más secuencias distintas de transformaciones continuas, de las que una sirve de medida temporal para las otras. Llegar a relacionar diversos procesos entre sí como «tiempo» exige, pues, extraer de su relación la idea de que uno de ellos pueda interpretarse como marco de referencia y medida para los demás, lo que supone un ejercicio de síntesis intelectual que dista mucho de ser sencillo e inmediato. Como proceso de esta clase, esto es, como *continuum* de cambio socialmente normalizado, pueden utilizarse procesos naturales recurrentes, si bien, cuando tales procesos resultan imprecisos para los fines marcados, se pueden llegar a establecer procesos más exactos como referencia para otros acontecimientos. Tal es el caso de los relojes y calendarios. Debemos destacar que la síntesis que conduce al establecimiento de un *continuum* socialmente reconocido y normalizado para la determinación del tiempo —como pueda serlo, por ejemplo, la sucesión de los años del calendario— supone un esfuerzo evolutivo extraordinario para el grupo social a que se refiera esta tarea (Elias, 1997: 56-58).

Durante miles de años, los individuos de sociedades en las que las exigencias asociadas al tiempo eran menores, han sobrevivido sin relojes ni calendarios. Señalemos, a modo de ejemplo, que fueron precisos varios milenios para que los hombres aprendiesen a elaborar calendarios en los que coincidiesen la representación humana del tiempo en la forma simbólica de unidades temporales recurrentes —necesarias para la orientación y regulación del acontecer social— y los procesos naturales que permanecían en el modelo de representación simbólica. En las sociedades primitivas no surgen todavía, pues, los problemas específicos que exigen un marco temporal de referencia subdividido con precisión para acoger actividades sociales encuadradas en unidades temporales como «mes» o «año», por lo que no llegaron a desarrollar calendarios anuales referidos a eventos recurrentes, ni otras escalas de largo alcance, condiciones necesarias éstas para experimentar el tiempo como un flujo continuo e irreversible (Elias, 1997: 26 y 69).

Por contra, el nivel de síntesis de que son capaces los hombres de hoy marca el grado superior de un proceso muy largo, en cuyas etapas anteriores los hombres sólo se hallaban en condiciones de realizar una síntesis relativamente parcial. Por eso, en comparación con la nuestra, su perspectiva y su determinación del tiempo parecen puntuales y discontinuas. El desarrollo de la determinación del tiempo en la vida social y la paulatina creación de un retículo más o menos bien integrado de reguladores temporales, como relojes y calendarios anuales continuos, es lo que permite la experiencia de un tiempo que transcurre bajo la forma de un flujo uniforme (Elias, 1997: 51, 104 y 109).

En sociedades donde no existe un calendario de largo alcance, a modo de *continuum* normalizado elaborado por los hombres y controlado por los gobernantes o los sacerdotes, se comprende que los hombres no puedan precisar su fecha de nacimiento o su edad más que refiriéndose a hechos puntuales de la memoria común, tales como, por ejemplo, «cuando vino el gran huracán»; de manera que no se da ningún *continuum* social como marco de referencia para el *continuum* cambiante que la vida de cada uno de ellos es por sí misma. Por otro lado, en sociedades con un sentido del tiempo más elaborado, el que se use el desarrollo de la propia vida como marco para determinar la medida temporal de otras transformaciones, no debe hacernos per-

der de vista el uso implícito de un *continuum* social normalizado subyacente al uso del *continuum* individual que la vida de cada uno es (Elias, 1997: 56-58).

Retomando el contexto temporal del campo de presencia del sujeto, señalemos que —al margen de la referencia a una *parametrización* de origen social— la línea de los «ahora», vinculada a sus categorías extensivas, no puede considerarse como un *continuum* normalizado apto para la determinación cuantitativa del tiempo, la asignación de fechas y el consiguiente establecimiento de una cronología, pues dicha línea no posee los caracteres «métricos» —o, como diríamos mejor, «cronométricos»— requeridos para tal determinación, que son aportados por la referida parametrización (Toboso, 2003d: 15).

Además de estos caracteres, que denominaremos *cuantitativos*, el campo de presencia alberga también caracteres *cualitativos*, ligados a sus categorías distensivas. Así, la experiencia del tiempo por parte del sujeto dentro del marco del citado campo incluye ambas características, tanto la *medida* como la *cualidad*, pues esta experiencia refleja un tiempo cualificado por medio de la distensión —que consta de pasado, presente y futuro— y en el que, además, en virtud de la parametrización de la línea de los «ahora», resulta posible percibir la duración y elaborar su medida. Por lo tanto, para lograr una comprensión adecuada de la subjetividad temporal, debemos enmarcar su experiencia dentro del contexto de un campo de presencia «metrizado», en el que los caracteres cuantitativos y cualitativos se complementan, aportando así la totalidad de los elementos que conforman dicha experiencia.

De esta manera, nos referiremos a la parametrización como la imagen representativa de un tiempo «sin cualidad», ajeno a las categorías de pasado, presente y futuro, que son aportadas por la distensión cuando, desde la perspectiva que ésta le proporciona, el sujeto contempla los sucesos que en aquélla se inscriben. Igualmente pensamos que la distensión, por su parte, se muestra como la imagen de un tiempo «sin medida», elaborada únicamente a partir de las diferentes proyecciones intencionales del sujeto, que son *retención* y *protensión*. Queremos decir con ello que la distensión por sí sola no le ofrece los elementos métricos necesarios para medir *cuantitativamente*, por ejemplo, la duración o la espera y, en general, la diferencia entre cualesquiera momentos de su campo de presencia. Parece claro, por tanto, que estos elementos «cronométricos» se ofrecerán asociados a la mencionada parametrización de origen social, pues ésta no es otra cosa, al fin y al cabo, que «medida» temporal.

Debemos tener en cuenta, además, que la proyección intencional del sujeto no acontece sobre una línea recta ya calibrada —que aquél asumiera como la imagen del tiempo—, «extendida» de un modo continuo a lo largo de su campo de presencia.⁸ Este campo, al contrario, es simplificado de una manera extrema en la parametrización, mostrándose al sujeto bajo el aspecto de dicha línea. La distensión, por su parte, como tiempo «sin medida», aunque dotado de cualidad, ofrece una plasticidad ajena al encasillamiento aritmético y lineal propios de la parametrización. La retención y la protensión —determinaciones particulares del sujeto— esbozan, merced a unos trazos intencionales, el pasado y el futuro como vertientes del campo de presencia, pero no encasillados en la rigidez de una métrica lineal. El elemento métrico es aportado por la parametrización y, sólo cuando el sujeto contempla, desde la perspectiva de la distensión, los acontecimientos que en ella se inscriben, es cuando el pasado y el futuro —implementados por él en dicho acontecer— quedan revestidos de la citada rigidez métrica. Tengamos en cuenta, al respecto, que aunque los acontecimientos se sucedan dentro del marco de la parametrización, siempre son contemplados por el sujeto desde la perspectiva de la distensión temporal, que le es inherente. Entendemos, pues, que el tiempo que experimenta el sujeto en el marco de su campo de presencia ha de ser considerado como una *síntesis* dialógica entre la *distensión* asociada a sus vertientes pasado y futuro, y la *parametrización* de la línea de los «ahora» (Toboso, 2003c: 1-5).

⁸ «El tiempo no es una línea, sino una red de intencionalidades» (Merleau-Ponty, 2000: 425).

Proponemos, por lo tanto, considerar bajo la denominación de «temporalidad» del sujeto la síntesis en que se integran tanto el elemento proyectivo y cualitativo ligado a la *distensión* temporal en términos de las categorías distensivas del campo de presencia, como el elemento métrico y cuantitativo asociado a la *parametrización* temporal de sus categorías extensivas. Representamos la noción de *temporalidad* del sujeto en la Figura 2.

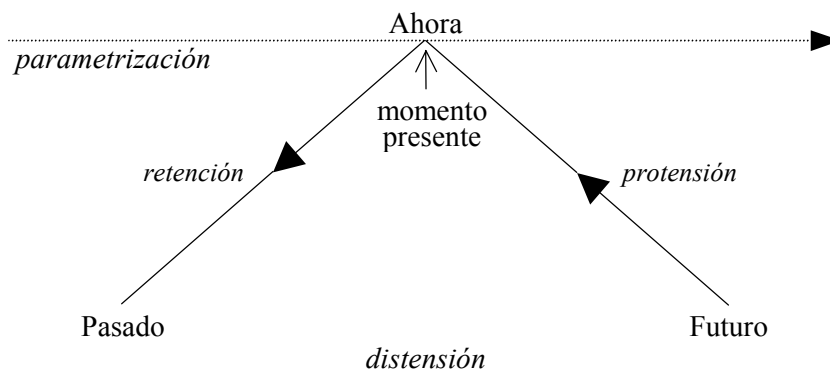


Figura 2: La «temporalidad» del sujeto como síntesis de *distensión* y *parametrización*.

Debemos tener en cuenta que la síntesis dialógica que origina la *temporalidad* del sujeto — en cuanto combinación de tales aspectos *cualitativos* y *cuantitativos*— se constituye por medio de dos procesos complementarios; en el primero de ellos, que denominamos «cualificación», la *distensión* implementa en la *parametrización* los conceptos de pasado, presente y futuro, pues hemos de tener en cuenta que —como representación de un tiempo «sin cualidad»— la *parametrización* no incluye tales conceptos en su propio marco representativo, ni en los acontecimientos que en él se inscriben. Por el segundo proceso, que denominamos «metrización», la *parametrización* dota a la *distensión* de la escala cronométrica necesaria para cuantificar el alcance de la extensión intencional del sujeto dentro de su propio campo de presencia. La Figura 3 ilustra la relación entre los procesos de «cualificación» y «metrización» en la síntesis de la *temporalidad*.

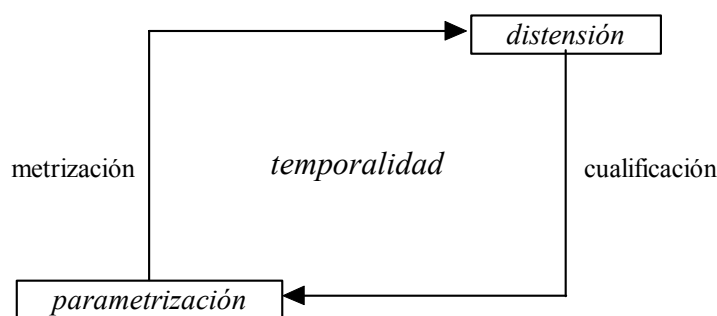


Figura 3: La «temporalidad» del sujeto en términos de los procesos de «cualificación» y «metrización».

Puede darse el caso particular de que —tal y como ocurre en el ámbito de la física— el *continuum* normalizado como marco para la determinación del tiempo se reduzca a la simple sucesión aritmética que proviene de los valores de la variable numérica «t». El origen de esta práctica, habitual en nuestros días, remite a una fase posterior del mencionado proceso evolutivo de síntesis que, partiendo de los estudios de Galileo sobre el movimiento, concluye en la derivación del denominado «tiempo físico» —como medida, no ya de eventos sociales, sino de fenómenos naturales— a partir de un concepto de «tiempo social», antropocéntrico y relativamente

unitario. Este paso se asocia a una transformación correspondiente del concepto de «naturaleza» que, a los ojos humanos, fue adquiriendo el carácter de una relación factual, autónoma, mecánica y sin finalidad, aunque ordenada y sujeta a «leyes», lo que llevó a considerar el «tiempo» como una característica objetiva inherente a esa relación (Elias, 1997: 127).

Al hilo de estas consideraciones, podemos interpretar la adopción de la parametrización en términos de la variable «t» —en cuanto representación de dicho «tiempo físico»— desde una perspectiva histórica. Atendiendo al punto de vista que proponemos, cabría pensar que lo que llevó a cabo la ciencia emergente del Renacimiento, mediante el método inaugurado por Galileo, no fue otra cosa que «aislar» para su propio uso la componente métrica de la *temporalidad*, que en cuanto tal refleja una experiencia subjetiva sintética y dialógica camuflada usualmente bajo la denominación genérica de «tiempo»;⁹ A la postre, convenientemente precisada y aritmetizada con ayuda de las matemáticas, dicha componente métrica desempeñó la función de parámetro temporal para la incipiente investigación cuantitativa del movimiento dentro de los marcos conceptual y experimental inherentes a la física, llegándose así a la consabida imagen de un «mundo parametrizado» en función de la variable temporal «t», útil y necesaria para el desarrollo de la ciencia y de su capacidad predictiva, aunque en exceso limitante para el estudio del tiempo.

V. El campo de presencia y la «temporalidad» en los discursos sociales del tiempo.

En el marco de análisis de los «discursos sociales del tiempo» encontramos la referencia a: «[...] tres [imágenes] muy recurrentes y especialmente operativas en los discursos sociales sobre el tiempo que aparecen en los grupos de discusión. Una presenta el tiempo como *recurso*; otra como un *escenario*; la tercera, como un *horizonte*.» (Ramos, 2003: 8) Cada una de las imágenes define un cierto punto de vista y es posible fundirlas, y pasar de una a otra como si fueran variantes de lo mismo. Entendido como *recurso*, el tiempo es algo de lo que se dispone *para hacer* esto o lo otro, que se puede tener en mayor o menor medida, que se puede dar y recibir. Por otro lado, el tiempo es también un *escenario* externo en el que los sucesos se sitúan, que se desenvuelve según su propio ritmo y al que hay que adaptarse, porque no es posible apropiárselo (no es de nadie, es de todos); fluye —al modo newtoniano— sin referencia a nada, tiene su propio ritmo y es inclemente en su despliegue; hace referencia a ese entramado temporal (horarios, calendarios) que permite la sincronización y el encaje de las actividades en un mundo social crecientemente complejo de tiempos jerarquizados (Ramos, 2003/04: 4). Por último, imaginado como *horizonte*, el tiempo permite contemplar, desde una ubicación precisa en el presente, un panorama pasado y futuro potencialmente infinito. Atendiendo a su mayor o menor estructuración, el presente se ofrece como mediador problemático entre las dos vertientes (pasado y futuro) del horizonte temporal.

Tenemos, pues, tres imágenes sobre el tiempo, y las tres muy frecuentes: la del recurso de que se dispone y en relación al cual soy sujeto activo; la del escenario externo en el que se sitúa todo lo que ocurre y en relación al cual soy sujeto pasivo; y la de un horizonte con dos direcciones contrapuestas desde el que contemplo lo ya ocurrido y lo todavía por ocurrir, y en relación al cual me limito a contemplar y a narrar lo contemplado. Se trata de imágenes muy visuales —de manera particular el *escenario* y el *horizonte*, de marcado carácter espacial—, pero su fun-

⁹ En consonancia con nuestro punto de vista, tomamos en consideración lo declarado por el filósofo japonés Masanao Toda, «Time and the Structure of Human Cognition», en J. T. Fraser y N. Lawrence (eds.), *The Study of Time II*, Berlin, Springer-Verlag (1975), p. 314, recogido en Davies (1996: 284): «No hay duda de que los físicos tuvieron éxito en atrapar algún ingrediente importante del tiempo dentro de su cápsula etiquetada *t*, pero es igualmente cierto que no todo el tiempo ha sido capturado dentro de su cápsula.»

ción es fundamentalmente práctica, pues en sus marcos cobra sentido la *acción*; lo que se hace, lo que a uno le ocurre, los sucesos que conforman la propia experiencia, el ámbito de las expectativas que futurizan la actualidad (Ramos, 2003: 9). Vamos a referirnos a estas imágenes como *tiempo-escenario*, *tiempo-horizonte* y *tiempo-recurso*.

Pensamos que estas tres imágenes pueden insertarse de una manera adecuada en el campo de presencia del sujeto, en cuanto «contexto temporal en que sus acciones se desenvuelven y donde todo acontecimiento debe integrarse para cobrar algún sentido en su quehacer.» Si nos remitimos a la Figura 1, observamos que es posible escindir la representación bidimensional del campo de presencia en dos elementos diferentes, vinculados a las categorías extensivas (antes / después) y a las categorías distensivas (pasado / futuro), respectivamente; tales elementos son la línea de los «ahora», por un lado, y la pareja de vertientes pasado y futuro, por otro. Ambos elementos se combinan en dicha representación bidimensional, pues la línea de los «ahora» media entre tales vertientes, a la vez que las une, y éstas dan cuenta, por medio de su diferencia, de la citada línea, como dos planos diferentes que se cortasen en una recta.

Proponemos considerar la analogía entre la línea de los «ahora», convenientemente «metrizada» por medio de una parametrización temporal, y la imagen denominada *tiempo-escenario*. De la misma manera, creemos que las vertientes pasado y futuro del campo de presencia recogen los diversos aspectos incluidos en la imagen del *tiempo-horizonte*. La combinación de ambos elementos que origina la representación bidimensional de dicho campo correspondería, en esta analogía, a la imagen del *tiempo-recurso*, al tener en cuenta que tal imagen interpreta el tiempo como un recurso para la *acción* por parte de un sujeto activo, y que ésta tiene lugar en el marco de su campo de presencia.

La explicación de esta triple analogía propuesta toma en consideración el marcado carácter espacial, ya mencionado, propio de las dos primeras imágenes, las del tiempo como *escenario* y como *horizonte*. Atendiendo a este carácter asumimos que la unión sintética de un horizonte a un escenario genera una estructura espacial adecuada para la acción. Notemos, a este respecto, que lo propio de un horizonte es acotar y delimitar un escenario neutro, introduciendo en el mismo una perspectiva y un punto de vista que lo hacen apto para la acción. Así, por ejemplo, en un espacio físico hipotético que fuese sólo escenario ilimitado, carente de cotas y perspectivas, no sería posible el movimiento (ni la acción), ya que éste se define siempre con relación a un punto de vista, a un punto de referencia; en resumen, a un horizonte.¹⁰ Si volvemos al ámbito de las nociones temporales podremos interpretar que la imagen del *tiempo-recurso* (asimilada al campo de presencia, en cuanto marco temporal adecuado para la acción) resulta de la unión sintética entre el *tiempo-escenario* (la línea metrizada de los «ahora») y el *tiempo-horizonte* (las vertientes pasado y futuro del citado campo). Sugerimos, por lo tanto, la posibilidad de que el tiempo-recurso se interprete como una síntesis entre el tiempo-escenario y el tiempo-horizonte.

Recordemos, por otra parte, que la noción de *temporalidad* del sujeto, relativa a su experiencia temporal en el contexto del campo de presencia, se plantea como una síntesis dialógica entre la *parametrización* de la línea de los «ahora» y la *distensión* en términos de las categorías pasado y futuro del citado campo. Resulta prácticamente inmediato —a partir de las consideraciones anteriores— interpretar dicha *parametrización* como un *tiempo-escenario* y la *distensión* como un *tiempo-horizonte*; y teniendo en cuenta su relación, interpretar como un *tiempo-recurso* la noción de *temporalidad* del sujeto que las sintetiza.

Atendiendo a los procesos de «cualificación» y «metrización», ya descritos, en cuya combinación tiene su origen la *temporalidad*, sugerimos utilizar la analogía propuesta entre ésta y el tiempo-recurso para introducir la misma pareja de procesos como mediadores entre las imágenes

¹⁰ Tratemos de imaginar, al respecto, cómo sería posible la acción sobre un escenario ilimitado de teatro, carente de marcas y cotas, de elementos de escena, de entradas y de salidas; carente, en definitiva, de los horizontes que motivan la acción de los actores dentro del mismo.

del tiempo-escenario y del tiempo-horizonte. Diremos, pues, que el proceso de «cualificación» implementa en la representación del tiempo-escenario la perspectiva de un horizonte doble según las categorías distensivas, pasado y futuro, del campo de presencia. Por otra parte, vamos a interpretar la «metrización» como el proceso complementario de acuerdo con el cual, por efecto de su combinación con las categorías extensivas metrizadas de dicho campo, el horizonte temporal anterior *se extiende* más allá del presente que articula sus dos vertientes. En esta combinación de los procesos de «cualificación» y «metrización» —entre las imágenes del tiempo-escenario y del tiempo-horizonte— tendría su origen la imagen del tiempo-recurso, asociada al marco para la acción que es el campo de presencia. La Figura 4, relacionada con la Figura 3, recoge el conjunto de analogías recién propuestas.

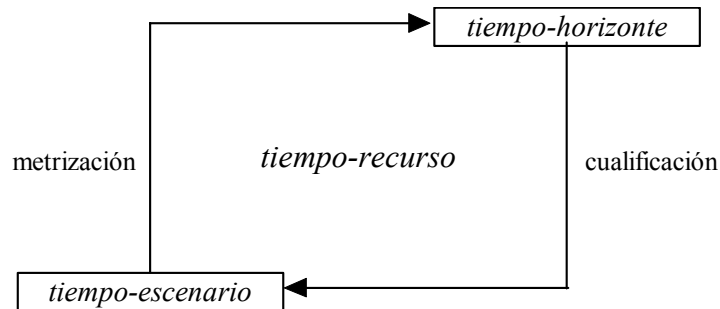


Figura 4: El tiempo-recurso a partir de los procesos de «metrización» y «cualificación».

Referencias:

AGUSTÍN de Hipona:

— (1999) *Confesiones*, Alianza, Madrid.

ARISTÓTELES:

— (1995) *Física*, Gredos, Madrid.

COMTE-SPONVILLE, André:

— (2001) *¿Qué es el tiempo?*, Editorial Andrés Bello, Barcelona.

DAVIES, Paul:

— (1996) *Sobre el tiempo*, Crítica, Barcelona.

ELIAS, Norbert:

— (1997) *Sobre el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México.

HUSSERL, Edmund:

— (1993) *Ideas*, Fondo de Cultura Económica, México.

— (2002) *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, Trotta, Madrid.

MERLEAU-PONTY, Maurice:

— (2000) *Fenomenología de la percepción*, Península, Barcelona.

PENROSE, Roger:

— (1991) *La nueva mente del emperador*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona.

RAMOS, Ramón:

— (2003) «Discursos sociales del tiempo», lecturas del curso de doctorado *Tiempo y Sociedad*.

— (2003/04) «Tiempo de trabajo y tiempo doméstico: el tiempo vivido», lecturas del curso de doctorado *Tiempo y Sociedad*.

SÁNCHEZ, Antonio:

— (1998) *Tiempo y sentido*, Biblioteca Nueva - UNED, Madrid.

SCHOPENHAUER, Arthur:

- (1989) *El amor, las mujeres y la muerte*, EDAF, Madrid.
- (1996) *Respuestas filosóficas a la ética, a la ciencia y a la religión*, EDAF, Madrid.
- (2001) *Metafísica de las costumbres*, Trotta, Madrid.

TOBOSO, Mario:

- (2003a) *Tiempo y sujeto: Nuevas perspectivas en torno a la experiencia del tiempo*, Tesis doctoral (no publicada), Universidad de Salamanca, Departamento de Filosofía, Lógica y Filosofía de la Ciencia.
- (2003b) «Tiempo y sujeto (I): Nuevas perspectivas en torno a la experiencia del tiempo», *A Parte Rei*, 27.
- (2003c) «Tiempo y sujeto (II): Sobre una noción de temporalidad del sujeto», *A Parte Rei*, 28.
- (2003d) «Tiempo y sujeto (III): Una revisión acerca del transcurso del tiempo», *A Parte Rei*, 29.
- (2003e) «Tiempo y sujeto (IV): La estructura temporal de la acción», *A Parte Rei*, 30.
- (2003f) «La filosofía del tiempo», archivo en Internet:
http://forteza.sis.ucm.es/profes/juanfran/crono/filosofia_tiempo.htm